

Juan Carlos Abril, *El habitante de su palabra. La poesía de José Manuel Caballero Bonald (1952-2015)*, Madrid, Visor, col. Biblioteca Filológica Hispana, 2018, 455 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.12.2021.XCIV-XCVI>.

No cabe duda de que José Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, Cádiz, 1926), uno de los miembros destacados de la denominada generación del medio siglo o segunda promoción de posguerra, ha conseguido labrar su nombre a fuego en la historia de la literatura hispánica reciente. Su trayectoria profesional cuenta con más de medio siglo de la más pura y sublime versatilidad poética, la cual no ha pasado desapercibida para muchos estudiosos, dentro de los que destaca Juan Carlos Abril (Los Villares, Jaén, 1974). El jiennense, profesor de la Universidad de Granada, muestra el zénit de su labor investigativa acerca de Caballero Bonald en este novedoso manual. No obstante, no es baladí recordar que dicho estudio ya fue anteriormente emprendido en la tesis doctoral que Juan Carlos Abril defendía en 2008, por lo que esta actualización y relectura de la amplia riqueza y vastedad lírica del poeta gaditano no hacen más que atribuir con propiedad y fundamento a Juan Carlos Abril la merecida designación de «habitante de su palabra», un testigo fiel de la trayectoria profesional de una de las figuras más notables de la lírica española contemporánea.

Con más de cuatrocientas páginas de exhaustividad crítica, este estudio nos brinda una exploración concreta de la poesía de Caballero Bonald, así como el ahondamiento en sus raíces líricas más profundas. Dividido en doce secciones, se interpretan de forma individual los doce poemarios que conforman la obra vital del poeta: *Las adivinaciones* (1952), *Memorias de poco tiempo* (1954), *Anteo* (1956), *Las horas muertas* (1959), *Pliegos de cordel* (1963), *Descrédito del héroe* (1977), *Laberinto de Fortuna* (1984), *Diario de Argónida* (1997), *Manual de infractores* (2005), *La noche no tiene paredes* (2009), *Entreguerras o De la naturaleza de las cosas* (2012) y *Desaprendizajes* (2015). Ofreciendo una visión caleidoscópica, Juan Carlos Abril hilvana con un hilo delicado y preciso la lectura de todos estos poemarios, ordenándolos del mismo modo de forma cronológica, lo que permite a los lectores establecer una relación entre todos ellos. Es así cómo consigue crear un tapete único en el que se nos ofrece una imagen detallada

acerca de aspectos fundamentales del método compositivo de Caballero Bonald. Del mismo modo, estas secciones se acompañan de una «Bibliografía selecta», una propuesta académica que, lejos de ofrecernos una serie de pautas y guías interpretativas, dirigen nuestra mirada hacia la coherencia lírica del autor. De hecho, la contextualización y propia interpretación de los poemarios de acuerdo con sus circunstancias socioculturales permiten posar nuestra mirada en la realidad y temporalidad de las obras. Asimismo, a modo de establecer unas coordenadas que precisen la producción del poeta en distintas etapas vitales, Juan Carlos Abril divide la obra de Caballero Bonald en cuatro ciclos poético: «Ciclo de *Las adivinaciones*», «Ciclo existencial», «Ciclo del laberinto» y «Ciclo de Argónida». Esta clasificación unifica los poemarios que comparten ciertos rasgos formales, por lo que, además de abordar los doce libros de poemas uno por uno con precisión, Juan Carlos Abril nos muestra las diferentes fases de la vida del poeta que marcan y agrupan sus versos en diversas trayectorias.

La primera de ellas, «Ciclo de *Las adivinaciones*», se compone de *Las adivinaciones* (1952), *Memorias de poco tiempo* (1954) y *Anteo* (1956). Esta fase, puramente metafísica, refleja «preocupaciones textuales» (57) que Caballero Bonald expone a través de composiciones líricas de «sesgo metapoético» (43). Intuimos así a un poeta completamente comprometido con su labor creadora, que delibera, especula y analiza sus versos, que se halla concienciado en la elección certera y minuciosa de todas y cada una de sus palabras, algo que marcará y se tendrá en cuenta a lo largo de toda su trayectoria. Se observa además en estos tres poemarios una búsqueda de la identidad del yo, un ejercicio de madurez que poco a poco se irá consolidando en sus poemas.

El segundo ciclo comienza con *Las horas muertas*, galardonado con el Premio Boscán en 1958 y publicado en 1959, el cual presenta la dualidad entre la lírica del conocimiento y de la comunicación. Caballero Bonald aboga por una «actitud moral» (149) sin dejar de lado el «entendimiento comunicativo» (155). *Pliegos de cordel* (1963), marcado por su experiencia docente en Colombia, presenta los ecos de una poesía de protesta social, comprometida con su cotidianidad.

El sexto poemario de Caballero Bonald, *Descrédito del héroe* (1977), revela un cambio significativo de paradigma «dentro de la propia obra» (217) del autor, abriendo también una nueva fase denominada el «Ciclo del laberinto». Es en este momento cuando el poeta alcanza su madurez literaria, reflejada en su propio «autoconocimiento» (245) y en su visión laberíntica de la realidad. El concepto de laberinto es retomado y perfilado en su siguiente

obra, *Laberinto de Fortuna*, que consiguió captar en 1984 la atención de la crítica por su tinte barroco e indagación melancólica en las profundidades del ser. *Laberinto de Fortuna* constituye «su libro más difícil» (269), donde nuevas potencialidades estéticas que quedaron en el tintero en *Descrédito del héroe*, brotan y dibujan nuevas formas poliédricas con las que comprender una enigmática existencia.

Diario de Argónida (1997), *Manual de infractores* (2005) y *La noche no tiene paredes* (2009) componen el «Ciclo de Argónida». Aquí se plantea una «depuración tendente hacia la naturalidad» (309) que contrasta con la esquividad y hermetismo de la etapa anterior. Argónida se presenta como un enclave irreal y místico donde se condesan los temas predominantes de Caballero Bonald: el paso y fugacidad del tiempo, la identidad y la creación lírica *per se*. Así pues, el poeta trata de bucear en sus raíces con un lenguaje accesible, así como libre de decorados y barroquismo.

Las dos últimas composiciones de Caballero Bonald, *Entreguerras o De la naturaleza de las cosas* (2012) y *Desaprendizajes* (2015), se bifurcan hacia una dirección totalmente dispar a previas publicaciones. Mientras que una fundamentación metafísica, social y reflexiva caracteriza en líneas generales la trayectoria poética del autor, una lírica desnuda de mayúsculas y signos gramaticales de puntuación donde «solo aparecen algunos paréntesis, casi siempre señalando deícticos, y signos de interrogación y exclamación» (398) irrumpe en la primera de estas obras. La segunda nos recuerda a *Laberinto de Fortuna*, dando lugar a una «fusión de ciclos de escrituras» (413) en la que un viso hermético de la realidad se retoma frente a todo pronóstico en los versos del jerezano. Igualmente, destaca la visión del ejercicio poético como «única realidad, con sus correspondientes límites de conocimiento, inherentes al propio concepto de realidad» (415).

Por lo tanto, nos encontramos ante una contribución de desmesurada calidad. Juan Carlos Abril desentraña los aspectos clave de Caballero Bonald, tanto su entramado vital como literario, su estilo único e inconfundible y su compromiso poético más profundo. Un tratado inigualable y experto que consigue abordar con maestría la extensa obra del autor gaditano en su conjunto, mostrando el horizonte de posibilidades de sus inolvidables versos.

PAULA FERNÁNDEZ VILLALOBOS
Universidad de Granada
paulafv423@correo.ugr.es